

Apresura si puedes el viaje. Aún falta una serie de bailes en el Casino, también esperamos regatas, *garden-parties* en casa de Angelita, que ha estrenado hotel... y ¡hasta lo inverosímil!, exposición de *trousseau* ¡en verano! Sí, querida. Mary Angleda, que tiene el mal gusto de casarse en Agosto, porque el futuro se va de embajador á China... y la infeliz le sigue. Reina con este motivo consternación general. ¡Es decir, que pronto será moda seguir al esposo hasta el país de los nidos de golondrinas! La boda se hace en su palacio de Bilbao y pensamos ir á admirar los trapos en *yacht* y en *troupe*. Te advierto que á la vista de las *toilettes* de la futura embajadora, no podré, y no podrás tú, seguramente, contener un poquito de envidia: se dice que hay cosas deslumbrantes, y para las solteras la moda sigue estúpida; no se lleva otra cosa que blanco, y blanco y blanco. Comprendo el matrimonio, hasta con nidos de golondrina. Adiós, nena. Estoy asombrada de mi elocuencia epistolar. ¡Yo más de dos carillas! Luego dirás que no te quiero.

Muchos, muchos besos.

AURELIA

P. D. Repito que no te enfades por lo del *idilio*. Fué una broma de mal gusto. Cosas de Teresita, que cultiva ese *sport*»

XII

Todas las amapolas del contorno hubiesen tenido envidia del rostro de Hortensia, á poder contemplarle minutos después de haber leído la malhadada carta de la amigueta.

¡A buena hora llegaba la misiva! Precisamente cuando su *idilio*... ¡¡*idilio!*!—al pronunciar *in mente* la palabra, la sonrisa burlona de todas sus amigas *pschut* se le ponía delante, sacándola de quicio—cuando aquella locura suya había llegado al *summum*. Sí, aún sentía el cansancio de la caminata matinal, aún le sonaban á presente las palabras de Carlos y las suyas propias, que, arrastradas por el fuego de las del amante, habían por primera vez acertado á decir juramentos de amor. Aún le parecía sentir en la cara las hojas del jazmín ¡tan frescas! y en los labios el fuego de los labios del mozo, en los besos aquellos apasionados por parte del galán... y sin resistencia por parte de ella, que era lo más triste. «Como yo estoy segura de tu buen gusto...» ¡Qué frases tan graciosas tenía siempre la sin par Aure-

lia!... Buen gusto... Ya hubiera querido verla allí, sola, distinta de todos, como bicho raro, con un Carlos al lado, dale que le das con que las aristócratas no tienen corazón, con que las niñas elegantes no saben querer. ¿No había que intentar convencerle de lo contrario, siquiera por el honor del nombre? Y después, aquel sol digno de Africa. ¡De seguro que el sol tenía por lo menos la mitad de la culpa! Con aquel calorazo daban ganas de querer hasta...

Y Carlos no era feo, ni antipático. En la mente de Hortensia surgieron, al llegar á este punto, frente á frente, la figura del mozo y la de aquel distinguidísimo Juanito, su admirador entusiasta, al decir de Aurelia. El contraste era violento. No sabemos á cuál hubieran dado la preferencia un artista, ó una mujer sólo mujer; pero el caso es que Hortensia se avergonzó de su pobre amador campesino, y entonces los besos de marras le parecieron poco menos que un crimen.

Miró en derredor suyo. ¡Qué feo era todo! Las paredes blanqueadas con cal, y aquellas horribles estampas de Santa Genoveva por todo adorno. En las ventanas, las cortinas de lienzo con rayas coloradas ¡y piezas! Las sillas de Vitoria y el sofá ¡santo cielo! con asiento de enea y liras de madera en el respaldo. Para

colmo de vulgaridad, la cómoda de nogal con tiradores niquelados; sobre el tablero, la toalla bordada de bodas y bautizos, puesta en honor de Hortensia y oliendo á membrillo: el ama empleaba membrillo á guisa de *sachet* perfumador. Los jarrones de china con flores de papel y hojas de talco; el San Juanito con el borrego clásico, cobijados ambos bajo el no menos clásico fanal, y delante de todo, en evidencia, visible á cien leguas, la reluciente laca de la caja de chinos, sus nubes fantásticas, sus árboles desmelenados, sus aguas dormidas, la monótona procesión de chinos, llevandq en hombros el pallanquín cerrado. Parecía que todas aquellas caras bobaliconas se burlaban de Hortensia con la ironía desesperante de su inmovilidad. Sintió deseos de golpearlos, de tirar la caja por la ventana. Al acercarse para poner en práctica el proyecto, vió en el espejo su rostro descompuesto, y se avergonzó de aquella puerilidad. «¡Un idilio campestre!» ¿Por qué resultarán simpáticos los idilios en las novelas? ¿Y quién le mandó á ella jugar al idilio, como niña cursi?

El huerto, los jazmines ¡qué vergüenza! ¿Qué dirían Aurelia y Teresita, y hasta Mary Angleda?

Y sucedió como en aquella tarde memora-

ble, primera en que Hortensia aprendió á soñar, que el viento levantó la cortina, y entró por la ventana un torrente de sol. Y por coincidencia, que pudiéramos tachar de novelesca, á no estar plenamente convencidos de que es la coincidencia fenómeno frecuente y hasta normal lo mismo en la vida que en la novela, entraron con la ráfaga de aire, con el sol, con los rumores de la huerta y con el aroma de sus flores, los gritos y las risotadas de Cecilio y la Paquita, que, por centésima vez, celebraban á cachete limpio la desatentada fiesta de su amor.

Intentó Hortensia al oírlos hacer un mohín de desprecio, acaso de asco; pero no pudo. Al cabo el sentimiento que á traición se había enseñoreado de ella, era sincero, como nacido al calor de la naturaleza. Una oleada de amor, acaso la última, le subió del corazón á la cara, bañándole en palidez las mejillas y en lágrimas los ojos. La imagen de Carlos se alzó en su pensamiento con la gallardía del varón sano de cuerpo y espíritu, rechazando visiones y derribando convencionalismos. Y apoyada de bruces en la pared, cimbreándosele el cuerpo á impulsos de sincera emoción, que rompía en sollozos, dijo casi gritando: ¡Si le quiero, le quiero y no lo puedo remediar!

XIII

Entretanto Carlos, trajinando en la era, recibiendo de plano el sol de Agosto, sudando á mares, dirigía la rústica faena, y seguía viviendo en pleno idilio, envuelto en el manto real de su dicha.

Dábale seguridad y confianza en sí mismo la nueva ventura, y en plena borrachera de felicidad, por esa caridad simpática del cuerpo, que sin quererlo el hombre toma parte en todas las vicisitudes del alma, se erguía, adoptando inconscientemente actitudes estatuarias de atleta vencedor.

Más de una vez, desbordándole del corazón el gozo, escapó de sus labios en los cuatro versos de una copla, y los criados no volían de su asombro, oyendo cantar al amo siempre taciturno.

Quando cayó la tarde, cuando todo el oro de la mies cortada se trocó en plata, porque

se había ocultado el sol, la primera brisa vespertina que le dió en el rostro le impresionó como una caricia, y casi lloró de agradecimiento. Cuando después, como bandada de gorriones, escapó de la torre el campanero vocinglero que llama al Angelus, todas las gratitudes, todos los entusiasmos se pusieron á arder en su cerebro, y, como columna de humo que sube del ara, subió una oración por la tranquila atmósfera camino del cielo.

Por la noche, al dirigirse como de costumbre á casa de Hortensia, andaba muy despacio.

Tan completamente le poseía aquella su bienaventuranza, tal era la paz de su espíritu, que no sentía necesidad de aumentarla con la presencia del ser amado, y así, sin darse cuenta de ello, iba retardando el momento de llegar á su lado, acaso por temor instintivo de alterar con la intensidad de la impresión dichosa el perfecto equilibrio de su alma, tan en armonía con el equilibrio de la naturaleza, sumida en la paz de una noche estival.

XIV

Hortensia le esperaba como siempre sentada á la puerta, en compañía de la nodriza. Tenía la niña el ceño fruncido y retraído el ademán, mostrando bien á las claras la magnitud del esfuerzo que había necesitado su corazón para adaptarse á los moldes de lo que ella consideraba razón. Porque es de saber que, tras de encarnizada aunque breve lucha, había decidido dar por terminados sus veraniegos amores aquella noche misma, y por fenómeno frecuente en esta clase de litigios, en los cuales la conveniencia falsifica la firma del deber, llamaba ella, creyéndolo así de buena fe, á su traición sacrificio, y hasta se perdía en melancólica compasión de sí misma, creyéndose con derecho á la ajena lástima, porque había resuelto destruir la dicha de otro.

Llegó Carlos. Sentóse, después que el

ama—al cabo, como mujer, bien pronto al corriente de aquellos amores—le hubo dejado sitio al lado de Hortensia, y sin parar mientes en la distracción de ella, ni en la frialdad relativa del recibimiento—¡bueno! estaba él para que pudiese desequilibrar su beatitud cualquier inoportuno recelo!—comenzó á hacer la historia del proceso de su amor desde por la mañana; costumbre añeja, pero inmortal entre enamorados un tanto intelectuales, que tienen sus mayores delicias en la disección y vivisección del sentimiento.

Escuchó Hortensia con asombro las primeras palabras del galán. Acaso había llegado á imaginar que su estado de ánimo debía, por arte de magia, haberse transmitido al ánimo del mozo, y le desentonó espantosamente que estando ella resuelta al rompimiento hablase él de exaltaciones de cariño. Después del asombro vino la turbación, el apuro. ¿Cómo decirle *aquello* estando él tan seguro de la firmeza de su amor? Carlos proseguía imperturbable su monólogo. La proximidad de Hortensia, la serenidad poética de la noche y la sinceridad y hondura del sentimiento, iban poniendo en su expresión rasgos de ternura, que poco á poco se trocó en apasionamiento; el himno al amor brotaba de sus labios grandilocuente. Luego, del exceso de fuerza, vino

como traído por la mano el amoroso desfallecimiento, y Carlos, vuelto á las dulzuras del sentir *humano*, cerró su perorata, balbuciendo con voz tímida, casi sollozante, henchida de súplica, de agradecimiento, de adoración, los últimos versos de una copla andaluza:

«Si no me quisieras
¡qué pena tan grande!»

La niña dió un salto. En el proceso de sus amores, ocupada en deslindar su propio sentir, se había olvidado del sentir de Carlos, mejor dicho, nunca se había preocupado de él. Muñequilla egoísta, al asomarse á los abismos del porvenir, siempre y únicamente había visto reflejarse su imagen sobre las aguas que en la hondura dormían. Había jugado, creyendo jugar sola, y he aquí que de pronto se hacía una luz en su cerebro, y descubría que aquel nudo, que intentaba romper, ataba dos almas. ¡Era responsable del corazón de un hombre!

—¡Carlos!—dijo con voz ahogada, buscando por instinto apoyo en la fortaleza del varón, como leñador que rendido se apoya en el tronco que intenta derribar—. ¡Carlos!—Y no acertó á pronunciar más palabra. Salió aquel nombre de sus labios con acento desusado. Carlos achacó á emoción causada por

sus palabras aquel fenómeno y, tomando su propio corazón parte por la traidora, le engañó, persuadiéndole de que aquel grito, clamor de agonía de su dicha, era alarido de alumbramiento de más intenso amor.

Continuó el monólogo. No había en ello motivo de asombro. En general, ya lo hemos dicho, Carlos hablaba y Hortensia reía. Hoy como siempre hablaba él, pero callaba ella, y Carlos bendecía aquel silencio, pensando que se inicia la era triunfal del amor en el instante en que pasa por el silencio del reír al llorar...

...Y sucedió que, loco él y desconcertada ella, llegó aquella noche la hora de la separación, y Hortensia, demorando de frase en frase, de minuto en minuto, la sentencia terrible, no se atrevió á formularla.

Y al volver á su casa, en la majestuosa soledad del campo y de la noche, Carlos cantaba de gozo, mientras Hortensia en su cuarto lloraba medio de rabia, medio de pena.

XV

¿Cuánto tiempo hubiera durado aquella ambigua situación entre los dos amantes, aquel inestable equilibrio de amor? Acaso no mucho, porque en cuestiones de sentimiento son harto difíciles los juegos malabares. Ya al día siguiente Carlos experimentó algo muy semejante á sobresalto, cuando, al llegar junto á la niña, se miró en sus ojos, que no reflejaban ni pena ni gloria. Además observó en ella cierta impaciencia nerviosa, unida á decidido afán por llevar la conversación al terreno de las cosas indiferentes, ajenas á la intimidad.

Intentando estaba despejar la incógnita á fuerza de ternura, cuando llegó el cartero. Hortensia, conociendo la letra de su padre, rompió el sobre y leyó en alta voz. El conde anunciaba el restablecimiento completo de su mujer y el bautizo del nene, señalado para

dentro de dos días; era necesario, por tanto, que Hortensia volviese á casa inmediatamente, y como él no podía ir á buscarla, rogaba á la nodriza que la acompañase en el viaje.

Produjo el lacónico mensaje impresión de carta de tragedia. Carlos se quedó anonadado. Aun sabiendo de sobra que la estancia de Hortensia en el pueblo había de ser necesariamente fugaz, como había puesto en aquel amor todas sus energías, había llegado á colocarle en la región de eternidad é inmutabilidad característica de los grandes afectos. La noticia de la separación fué para él puñalada de sorpresa: le pareció que el mundo entero se le venía encima, y calló.

Hortensia, por su parte, experimentó también una sensación extraordinaria, ella misma no supo si de gozo ó de pena. Sea como quiera, aquello venía á poner término á la odiosa comedia, que, á despecho de todas sus delicadezas, estaba desde la víspera representando. Aquietóse en presencia de la solución su espíritu angustiado, y la distensión nerviosa se resolvió en lluvia de lágrimas. Carlos, creyéndolas de pena, hizo callar su dolor para acertar á consolarla. La serenidad del novio reanimó á la niña, tranquilizando

un tanto su conciencia. ¡Después de todo no parecía él desesperarse demasiado!

Dispúsose la marcha para el tren de la noche. Carlos indicó su deseo de acompañarlas á la estación, y Hortensia no se atrevió á negar aquella concesión última. La nodriza, cogiendo la ocasión por los cabellos y pretextando que el cielo estaba negro y amenazaba tormenta, invitó al galán á comer con ellas.

Hortensia, momentos antes de marchar, se encerró en su cuarto y escribió una carta.

consumada la hazaña, á todo correr y á todo gritar.

En el umbral de la puerta de Hortensia había entregado á Carlos la carta *terrible*, con recomendación expresa de no leerla hasta que hubiese salido el tren. El infeliz, creyendo en un refinamiento de cariño, le dió las gracias con voz conmovida.

Entonces ella sintió remordimiento. ¡Aquello era una crueldad, y ella estaba siendo mala, muy mala! Y el remordimiento se iba acentuando durante el camino á la estación. La tristeza de Carlos, que ni hablar podía, el aire melancólico de la nodriza, la hermosura del campo envuelto en ambiente fresco y húmedo, como propicio al renacimiento de toda agostada vida, el instintivo cariño que se apodera del que va á alejarse por los objetos que abandona, todo esto unido al despertar de sensaciones, que el bien conocido paisaje le sugería, fué poniendo cerco á su corazón, apretándole con cruel tristeza, haciendo brotar en él impensadas corrientes de ternura.

Iba á llegar el tren. En pie, muy pálida, escuchaba las últimas palabras de Carlos; y, de pronto, con resolución firme, dijo casi en un grito, descomponiéndosele el rostro al salir de sus labios estas palabras:

—¡Devuélveme esa carta!

XVI

La nodriza tenía razón al presagiar tormenta. Descargó sobre el pueblo un violento chaparrón acompañado de truenos y relámpagos; pero al caer la tarde había terminado, y cuando salieron de casa para ir á la estación, corrían ya en el cielo las nubes rotas, despejándose cada vez más, y el suelo sediento se apresuraba á tragar charcos, devolviendo en cambio al ambiente delicioso olor á tierra mojada. En todas las salientes, en todas las aristas, en todos los planos inclinados de casas y árboles relucían millares de gotas alineadas en formación correcta, iluminadas por tal cual fugitivo rayo de sol, que no quería ocultarse del todo sin hacer un pinito de vencedor. Debajo de los árboles, corros de chiquillos se entretenían en balancear los troncos, sacudiendo tremendos hisopazos sobre los transeuntes, y huyendo, una vez

—¿Por qué?

—¡Dámela, Carlos!

—¿Por qué?—repitió él.

No sé por qué adivinación extraña, en un minuto había comprendido. Y con ademán trágico, rasgando el sobre de la carta, se dispuso á leerla.

—¡No, no!

El no hizo caso.

—¡El tren! Vamos, Hortensia—dijo el ama.

Subió la niña casi en vilo. La estación, como de poca importancia, no detenía al tren más de un minuto. Colgóse á la ventanilla, y alcanzó á ver á Carlos, aún leyendo la carta. Echóse de bruces en un rincón y rompió á llorar desesperadamente. Los árboles del camino parecían llorar con ella, sacudiendo estremecidos por la trepidación del tren que pasaba, millares de cristalinas gotas...

XVII

Gran fiesta en el palacio de los Montellano.

No exigía menos la entrada en la Iglesia del nuevo vástago de tan esclarecida estirpe. Hortensia, como madrina, entró en la habitación de la condesa, llevando en brazos al recién bautizado. El traje de gran gala, el ambiente mundano, el marco que á su aristocrática figura prestaban los esplendores de la morada paterna, la transformaban casi por completo. Parecía más delgada, más suave que en el pueblo, al aire libre, bañada en sol. Acaso en su belleza se notaba algo, en medio de su naturalidad, artificioso, como de rara orquídea que sin dejar de ser flor es joya. Triunfaba la niña en la fiesta mundana: triunfó en otras muchas tras de aquélla. Vuelta á su ambiente propio, colocóse de nuevo en actitud de diosa que ignora pasiones, y bien pronto su

corazón, sacudido y puesto en carne viva por un amor humano, se encerró en el estuche de terciopelo que el buen tono le otorga por morada.

Vivió hasta un mes con zozobra, esperando del campesino amante una carta recriminatoria; pero la carta no vino. Era el galán, aunque de aldea, muchacho de buen tono. Y Hortensia, pasado ese tiempo, sonrió tranquila. Nadie en su mundo había sospechado el idilio...

...Y así es como, tras unas cuantas horas de sol, entró un alma en perpetuo crepúsculo y como una vida, que pudo haber sido dulce sonrisa, acaso hasta sonora carcajada, no pasó de ser elegante bostezo.

¿Y el galán? ¿Llora ó ríe en las soledades de su aldea, las noches bañadas por rayos de luna en el huerto, los mediodías abrasados por olas de sol en la era? ¡Quién sabe! ¿Acaso pueda alguien penetrar el secreto de las almas soñadoras, las que nacen con nostalgia de alturas?

ALDEA